

América Latina quiere buenas relaciones con Estados Unidos, pero con más respeto y menos arrogancia

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

Peter Hakim es presidente emérito del Diálogo Interamericano, con sede en Washington, un **tanque pensante** sobre asuntos del hemisferio occidental. Este importante académico norteamericano estuvo a la cabeza del Diálogo desde 1993 hasta 2010. El profesor Hakim diserta con soltura y amplitud sobre los más variados temas vinculados con el hemisferio occidental. Sus artículos han sido publicados en los principales medios académicos y de prensa de la Unión: *Foreign Affairs*, *Foreign Policy*, *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Miami Herald*, *Los Angeles Times* y *Financial Times*. Ha querido ahora compartir con los lectores de *Espacio Laical* su peculiar visión sobre múltiples problemáticas de profunda actualidad en América Latina.

1. Por más de una década usted presidió el Diálogo Interamericano, una organización muy importante en el debate sobre las relaciones hemisféricas. ¿Qué es el Diálogo Interamericano? ¿En qué medida contribuye a configurar la política norteamericana hacia el resto de América?

El Diálogo Interamericano comenzó en 1982 como un grupo políticamente diverso de líderes de todo el continente americano que se reunían periódicamente para discutir y debatir los más importantes temas sobre asuntos hemisféricos, con el propósito de encontrar enfoques para su estudio que estuvieran basados en el consenso. Esta continúa siendo nuestra meta mediante los numerosos encuentros y conferencias que desarrollamos, las cuales permiten a importantes figuras de la política y los negocios, así como a comunidades académicas -muchas de ellas empeñadas en llevar los puntos de vista latinoame-

ricanos a la esfera política de Estados Unidos- intercambiar experiencias en un espacio compartido.

Sin embargo, hoy operamos más como un **tanque pensante** (*think tank*) que como una reunión de personas importantes. Empleamos menos tiempo tratando de resolver problemas o construir consenso que en analizar los desafíos que enfrentan la América Latina y el Caribe, y las cambiantes relaciones de la región con Estados Unidos y el resto del mundo. Nos complace que nuestros análisis y publicaciones sean ampliamente considerados como de alta calidad y equilibrados, y que seamos entrevistados y citados con regularidad en los medios de prensa radiotelevisiva e impresa. Su última pregunta acerca de nuestra contribución real a la política es particularmente difícil. No existe una adecuada forma de medir el alcance de la influencia que el Diálogo ha tenido en la conformación de las decisiones oficiales del gobierno norteamericano. Hemos tenido éxito en hacer que Washington preste más atención a algunos temas, y es claro que

nuestras ideas y propuestas contribuyen a que los asuntos sean precisados y debatidos. Esto sería todo lo que razonablemente podríamos esperar.

2. ¿Cuáles son, a su juicio, las mayores fortalezas y debilidades de la política exterior norteamericana hacia América Latina? ¿Qué sugerencias haría usted al respecto?

Empecemos con las debilidades. Siempre es más fácil señalarlas que identificar los puntos fuertes. Sospecho que no sea solamente en el caso de la América Latina, pero las políticas estadounidenses en esta región han estado muy marcadas por la inercia a lo largo de los años, lo que ha hecho en extremo difícil cambiar de curso según la evolución de las necesidades y las situaciones. El poder de la inercia para obstaculizar los cambios es visible en muchos casos, como el embargo a Cuba, la reforma migratoria y las estrategias antidroga, entre otros. Más aún, ya que América Latina ocupa un puesto bajo entre las prioridades internacionales de Washington, no sorprende que los líderes norteamericanos no estén dispuestos a invertir demasiado capital político para vencer esta inmovilidad de las políticas, o para la revisión de políticas que puedan ser obstaculizadas por relativamente pequeños electorados opuestos con intensidad al cambio, como la comunidad cubanoamericana, las burocracias para el enfrentamiento a las drogas y los sindicatos contrarios al comercio. Recuérdese que incluso cambios exitosos en la política de Estados Unidos, como la cesión del Canal de Panamá o la aprobación del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCN), exigieron un esfuerzo político enorme y estuvieron en duda hasta el mismo final. Entonces, mientras las relaciones entre Latinoamérica y Estados



Unidos cambian de manera tan rápida, la política norteamericana ha permanecido estática por mucho tiempo.

El compromiso de Washington con los derechos humanos y la democracia ha sido un punto fuerte de su política en América Latina y es generalmente respetado por la mayoría de los países de la región, a pesar de los lapsos ocasionales y de lo torpe que ha sido a veces su aplicación. El apoyo de Estados Unidos a la democracia no tiene una larga historia; surgió con el apoyo bilateral en la mitad de los años 80, y ganó terreno con el fin de la Guerra Fría, cuando las preocupaciones de seguridad dejaron de encabezar las prioridades norteamericanas en la región. Si bien Washington no siempre ha sido todo lo enérgico o persistente que podría esperarse, en las últimas dos décadas ha sido un defensor habitual de la práctica democrática. Otra fuerza con la que cuenta Washington es que ha manejado bien el delicado equilibrio de respetar, por regla general, la soberanía de los gobiernos latinoamericanos (por lo menos desde el fin de la Guerra Fría) y de tener una posición firme con respecto a la democracia. Por último, Estados Unidos ha mostrado una consistente disponibilidad para asistir en tiempos de crisis, por ejemplo, la respuesta al colapso del peso en México en 1995, las crecientes amenazas criminales y guerrilleras en Colombia en los últimos años de la década del 90, los riesgos de Brasil y México ante la crisis financiera mundial en 2008, el terremoto en Haití el año pasado, y una serie de desastres naturales en Centroamérica. En este momento, veremos qué tan bien responde Washington a una crisis aún más difusa: la expansión del peligro del crimen organizado y la violencia que trae asociada en México y América Central.

He llegado a creer que América Latina es demasiado grande, compleja y diversa para contar con una sola estrategia inclusiva para la región. Aunque Washington debe actuar con un importante nivel de uniformidad en los diferentes países, debería dar un énfasis prioritario a sus relaciones con México y Brasil. En primer lugar,

La gran mayoría de los países quiere lo que Obama ofreció en su gira por América Latina: una asociación paritaria, pero continúan profundamente escépticos sobre la capacidad norteamericana para una asociación tal con América Latina.

estos son dos países de una importancia básica para el amplio espectro de intereses norteamericanos y es casi seguro que la tendrán aún más en el futuro. Ambos países desempeñan un papel decisivo en la conformación de los desarrollos del resto de la región: lo que sucede en Brasil y México tiene ingentes consecuencias para muchas otras naciones. Estados Unidos debería prestar una atención especial a las dimensiones económicas de sus relaciones con América Latina, en parte porque los negocios y el comercio son intereses cruciales compartidos entre Estados Unidos y la región, pero también porque lo que más necesitan los países latinoamericanos de Estados Unidos es acceso a los mercados de este último, flujos de inversiones, nuevas tecnologías y remesas.

Para concluir, reconociendo la dificultad de la política norteamericana para asumir dramáticos cambios de dirección o nuevas iniciativas de amplio alcance, creo que los pequeños pasos son los únicos que pueden hacer avanzar en la mayoría de los asuntos. Así es como ha avanzado el gobierno de Obama en sus relaciones con Cuba, y enfoques similares, discontinuos o fragmentarios, pueden traer mejoras

en las políticas migratorias y antidrogas de Estados Unidos.

3. ¿Cómo cree usted que América Latina percibe actualmente la política exterior de su país hacia la región? ¿Cómo anhelarían esos países que fuera?

Es claro que no existe una única perspectiva en Latinoamérica sobre la política exterior norteamericana en el hemisferio, ni una única visión de cómo debería ser esta política. Las diferencias entre países fronterizos como Argentina y Chile, o Venezuela y Colombia, son casi oposiciones polares. Colombia y Chile, en general, han sido aliados políticos cercanos y socios económicos de Estados Unidos, mientras que Venezuela es un adversario declarado y Argentina desconfía profundamente de nuestro país y alberga serias antipatías hacia Washington. Aunque las diferencias entre los países más grandes del hemisferio (Brasil y México) son menos extremas, sus visiones están profundamente marcadas por la geografía y la distancia, por la historia y por el grado de integración económica y demográfica que cada uno ha tenido con Estados Unidos. La mayoría de los países latinoamericanos están decepcionados por las políticas actuales norteamericanas, si bien conservan, de forma general, una evaluación positiva del país norteamericano, la que mejoró notablemente con la elección de Obama. Estados Unidos no es visto como un actor siniestro o malévolo. Más bien es visto como un país que quiere hacer las cosas bien, pero con demasiada frecuencia de forma obstinada y torpe, que opera con estructuras mentales obsoletas y con la atención puesta en otro lugar. La gran mayoría de los países quieren buenas relaciones con Estados Unidos, quieren que Washington sea más atento y que se comprometa con más intensidad con sus países, pero con más respeto y menos arrogancia. En pocas palabras, quieren lo que Obama ofreció en su reciente gira por América Latina: una asociación paritaria, pero continúan profundamente escépticos sobre la capacidad norteamericana para una asociación tal con América Latina.



4. ¿El modo de relacionarse con Cuba cómo podría influir en las relaciones de Estados Unidos con el resto de la región?

Hasta hace poco creía que la política norteamericana hacia Cuba era el principal impedimento para unas mejores relaciones con el resto de Latinoamérica. No existe otro tema en el cual Estados Unidos y las naciones latinoamericanas difieran más profundamente que sus enfoques respecto a Cuba. Pero desde la Asamblea General de la OEA en 2008, cuando Estados Unidos se unió al resto de los países del hemisferio para poner fin a la suspensión formal de Cuba de la organización regional, la política norteamericana hacia Cuba parece haber dejado de ser, visiblemente, un punto de la agenda hemisférica. No comprendo del todo el cambio de actitud en América Latina, pero probablemente refleje alguna combinación de una decepción generalizada con los procesos económicos y políticos en Cuba, la disminución de la influencia regional de Venezuela y el ALBA, su coalición de los más cercanos aliados de Cuba, y algún reconocimiento de los cambios del gobierno de Obama en la política hacia Cuba, lo que incluye el cambio de retórica que ya no llama al cambio de régimen. Con seguridad, Cuba podría convertirse, nuevamente, en un tema de alto perfil en América Latina si Estados Unidos regresase al enfoque de la era Bush o interviniese

con fuerza en la política cubana, pero hasta el momento esto no parece posible. Y América Latina, al parecer, ha puesto su atención en otra parte.

5. ¿Cómo definiría usted una relación constructiva entre los actuales gobiernos de Estados Unidos y Cuba? ¿Cuáles son los mayores obstáculos para lograrlo? ¿Cuáles son las mayores potencialidades para conseguirlo? ¿Qué pueden hacer las organizaciones de la sociedad civil de los dos países para lograrlo?

Estas no son preguntas fáciles. En el futuro próximo, pienso que Estados Unidos debería hacer lo posible para alentar y asistir a Cuba en la creación de las bases para una economía productiva, para dar a los ciudadanos cubanos más control sobre sus vidas y futuro, y empezar a abrir su política. En la práctica, esto implicaría terminar el embargo, que es un símbolo de abierta hostilidad (aunque no un acto de guerra, como sugiere la traducción del gobierno cubano del término embargo como “bloqueo”), y en general, permitir el normal movimiento de bienes, personas y capital entre los dos países, negociar abiertamente un amplio abanico de aspectos y evitar la aparente promoción de un cambio de régimen. Cuba ha hecho algunos gestos importantes, como negociar con la Iglesia Católica y liberar un gran número de presos políticos, pero tiene que redu-

cir sus tácticas de Estado policial y atender, cada vez más, los anhelos del universo nacional. El incidente Gross ha empañado ambos lados. Los cubanos lo deberían dejar regresar a casa, y Estados Unidos debería detener la ayuda al tipo de “programas para la democracia” que llevó a Gross a esta situación. De manera ideal (aunque todavía muy poco probable), Estados Unidos podría encontrar una vía para reconsiderar la detención de los cinco cubanos. El juicio al que fueron sometidos y las sentencias llegaron un poco más allá de los parámetros aceptados de imparcialidad y justicia.

Existen muchos obstáculos para cualquier alteración de las políticas y los enfoques en ambas orillas. En ambos lados los que se oponen al cambio han mostrado una fiera resistencia política y han prevalecido hasta ahora. Se necesitaría un osado liderazgo en La Habana y en Washington para vencer el *impasse* actual. Es posible pensar que el gobierno de Obama dará los pasos necesarios, pero sólo en un segundo período de mandato, después que venza su reelección. La oposición política es sencillamente demasiado fuerte, y los costos a asumir en la cuestión cubana son igualmente altos. Ha hecho algunos progresos, pero todo parece indicar que procede de forma muy lenta.

Existen muchas organizaciones diversas de la sociedad civil, con tanta variedad de misiones que resulta difícil sugerir un conjunto de propuestas o líneas de acción que se puedan aplicar a todas, por ejemplo, la Iglesia Católica en La Habana o el Diálogo Interamericano en Washington. El objetivo general de todos los que aspiraran a una relación constructiva entre Estados Unidos y Cuba tiene que ser (1) descontinuar las medidas punitivas en contra de Cuba; (2) lograr negociaciones activas para discutir los múltiples problemas entre los dos países; y (3) establecer en Cuba mayor apertura y libertad, formar ciudadanos con control sobre sus propias vidas y una economía que pueda ofrecer al pueblo cubano una calidad adecuada de vida.

